

La primacía de la ideología. Repensar lo ideológico-político y su vínculo con lo social, a partir del fascismo.

Damián López.

Cita:

Damián López (2013). *La primacía de la ideología. Repensar lo ideológico-político y su vínculo con lo social, a partir del fascismo. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-010/945>

Jornadas Interescuelas. 2 a 5 de octubre 2013, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.

Ponencia para mesa n° 111: “Por un diálogo ininterrumpido. Problemas, perspectivas y debates en torno a la práctica teórica en historia y al vínculo entre teoría social e historiografía” (Miliddi-López)

Autor: Damián López

Pertenencia institucional: UBA / UNQ / CONICET

Correo electrónico: damianlopez@gmail.com

La primacía de la ideología. Repensar lo ideológico-político y su vínculo con lo social, a partir del fascismo

“No más impuestos, abajo los ricos, abajo la República, larga vida al emperador”¹
(Lema de Luis Napoleón durante las elecciones de fines de 1848)

I

En 1993, a tres años de la muerte de Tim Mason, se publicaba la primera traducción inglesa de su principal obra *Política Social en el Tercer Reich*,² aparecida originalmente en alemán en 1977. Mason, brillante exponente de una generación continuadora de los célebres historiadores marxistas británicos, y destacado investigador del nacionalsocialismo, había condicionado esa muy solicitada publicación a la inclusión de un extenso epílogo que sirviera de balance, autocrítica y respuesta ante las diversas discusiones que había generado el libro.³

Así, en una notable exposición, y con enorme honestidad intelectual, el autor sostenía en ese epílogo que, pese a la importancia que pudiesen tener ciertos elementos de ese trabajo, el mismo cargaba con gravísimos errores, entre los que destacaban la subestimación de la fortaleza de un régimen que se mantuvo casi sin resistencias internas hasta el final de la Segunda Guerra Mundial, y la falta de un análisis profundo sobre las políticas de genocidio. Especialmente relevante, resultaba el reconocimiento

¹ Eric Hobsbawm, *La era del capital (1848-1875)*, Barcelona, Crítica, 1998, p. 37.

² Tim Mason, *Social Policy in the Third Reich. The working class and the “National Community”*, Oxford, Berg, 1993. [el original alemán es de 1977].

³ Es preciso aclarar que el nuevo texto no pudo tomar la forma planeada debido a la muerte de Mason. Sin embargo, en una impecable tarea de edición, y a manera de homenaje póstumo, Jane Caplan preparó el proyectado epílogo a partir de textos total o parcialmente concluidos (que datan de 1988-1989), sumando además un fabuloso ensayo que, escrito casi con seguridad entre 1978 y 1979, Mason parecía estar retocando con el fin de convertirlo en una nueva introducción. El resultado es que, al leer la versión inglesa de *Política social...* publicada en 1993, y tal cual lo quería su autor, pareciera que nos encontramos ante dos libros en uno: el primero, la versión original de 1977, y el segundo, su crítica después de más de una década.

del lugar preponderante que adquirió durante el nazismo una política racial que de ninguna manera puede derivarse meramente de determinaciones de clase y que, siendo esto así, a pesar de la importancia que pudiese tener el examen de las principales líneas de conflicto social —cuestión en la que había enfocado su investigación— para poder caracterizar y explicar la dinámica política y al Estado, se planteaba en toda su crudeza la amplitud de los efectos que tuvieron las dimensiones ideológicas y la “autonomía de la política”. Por esto, Mason revelaba amargamente que la idea de utilizar su investigación original como punto de partida para una historia global del nazismo, resultaba ahora inviable: “El gran libro que quería escribir no podía ser escrito porque no es posible salir fuera del “área central” de las relaciones de clase hacia una historia político social global del nazismo y el Tercer Reich. [...] Clase y raza no son puntos de partida incompatibles para el análisis del nazismo; se vinculan el uno con el otro en una amplia variedad de formas concretas. Pero en mi trabajo fallé al no otorgarle el lugar correspondiente al racismo biológico como una parte sustancial de la realidad histórica, y no encuentro ahora la forma de articularlo con los temas políticos, sociales y económicos de este libro.”⁴

De hecho, en la década posterior a la primera edición de su libro habían aparecido trabajos que mostraban el grado de penetración del discurso racial en sectores sociales que Mason había presentado como reticentes e incluso impermeables al nazismo, especialmente la clase obrera. Las investigaciones sobre la vida cotidiana bajo el nacionalsocialismo, cambiaron la percepción sobre la adhesión de los alemanes corrientes y los trabajadores, poniendo en cuestión la recuperación optimista de una larvada oposición al régimen, a la cual Mason había otorgado especial relevancia.⁵ Como sintetizaba Ian Kershaw “La imagen de que la oposición de la clase obrera y la lucha de clases ejerció presión sobre el régimen nazi (y, al hacerlo, contribuyó en última instancia de manera significativa, aunque indirecta, a su derrota) era atractiva y, en un sentido, reconfortante. Pero ha sido reemplazada, correctamente, por una visión más sobria y pesimista de una clase obrera que había sido neutralizada, contenida, resignada, desmoralizada, en el mejor de los casos, sólo parcialmente integrada, pero de ninguna manera era rebelde ni se había convertido en una seria amenaza para el régimen.”⁶

⁴ La cita corresponde a la traducción de una parte del epílogo en *Entrepados*, n° 34, 2008, pp. 146 y 148.

⁵ Tim Mason, “La oposición obrera en la Alemania nazi”, *Taller*, n° 24, 2007 [la versión original en italiano apareció en *Movimiento Operario e Socialista*, n° 1, 1980, aunque la traducción corresponde a la versión inglesa publicada al año siguiente en *History Workshop Journal*, n° 11].

⁶ Ian Kershaw, *La dictadura nazi*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004, p. 267.

La centralidad de la ideología racial para la comprensión del régimen y la actuación de la mayor parte de los sectores subalternos había sido percibida por Mason como una realidad difícil de asimilar por un marxista que, aún sea implícitamente, se manejaba con un modelo de determinaciones estructurales en el cual la clase se encontraba en una jerarquía superior a la raza. Y téngase en cuenta que no se trataba de un modelo rígido o vulgar de lo social, ya que Mason había sido quien, por ejemplo, había defendido la idea de una “primacía de la política” del régimen nazi en contra de las interpretaciones marxistas ortodoxas.⁷ De allí que en esa dura autocrítica aún intentase defender una perspectiva de análisis social materialista, que incorporase firmemente la relevancia de los aspectos ideológicos. Sin embargo, desde un punto de vista historiográfico podía tomarse como sintomática de la erosión de las creencias que habían sustentado el auge de la historia social, ahora puesta en cuestión y paulatinamente relevada por un predominio de la historia cultural en los ‘90.

De hecho, en las dos décadas posteriores a la revisión de Mason, los estudios sobre el nazismo se vieron hegemonizados por enfoques que, influidos por las perspectivas culturales en historia, se concentraron en problemas relacionados con la difusión ideológica y circulación de formas de pensamiento determinadas por criterios de raza. De esta forma, tal como señala un importante representante de estas nuevas tendencias, los historiadores “han reconsiderado el tráfico ideológico entre los “alemanes” y los “nazis” para señalar inclinaciones culturales y políticas comunes que se remontan al siglo XIX, la movilización *motu* propio de algunos grupos profesionales, en particular en el ámbito biomédico, y la legitimidad general que se atribuía a la comunidad del pueblo y sus preceptos raciales. Algunos trabajos recientes también prestan más atención a las formas en que el nazismo se construyó de manera activa desde abajo. La participación de sectores amplios de la sociedad alemana en el proyecto nazi creó toda una gama de relaciones cómplices.”⁸

Así, tal como se ve, las dificultades que un historiador social y marxista como Mason encontraba en un análisis concentrado en la estructura y clases sociales para

⁷ Tim Mason, “La primacía de la política: política y economía en la Alemania nacionalsocialista”, en S. J. Woolf, *La naturaleza del fascismo*, México, Grijalbo, 1974, pp. 171-197 [La primera versión en alemán de este texto es de 1966, y una segunda versión corregida en inglés de 1968 es la que finalmente se tradujo al español].

⁸ Peter Fritzsche, *Vida y muerte en el Tercer Reich*, Barcelona, Crítica, 2009, pp. 14-15. Otros ejemplos de esta nueva perspectiva, en textos traducidos al español: Robert Gellately, *No solo Hitler. La Alemania nazi entre la coacción y el consenso*, Barcelona, Crítica, 2002; Claudia Koonz, *La conciencia nazi. La formación del fundamentalismo étnico del Tercer Reich*, Barcelona, Paidós, 2005; Saul Friedländer, *El Tercer Reich y los judíos (1933-1939). Los años de la persecución*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2009.

explicar aspectos político-ideológicos fundamentales del régimen nazi y la sociedad alemana, trocaron en un nuevo énfasis puesto por los historiadores culturales en la performatividad de estos últimos, deshechando su carácter subalterno o derivado, por ejemplo, desde intereses sociales previos. A la erosión de la tradicional primacía de lo social en la teoría social y la historiografía se superponía aquí un problema histórico concreto: los límites de tales explicaciones —en sus formulaciones más simplificadas— para evaluar el fundamental rol de la ideología nazi, tan claramente distorsionadora de la realidad como efectiva en la práctica (o sea, creadora de realidad).

II

La tendencia historiográfica a reconsiderar el papel destacado de la ideología no ha sido exclusiva de las investigaciones recientes sobre el nazismo y el genocidio judío. Estudios generales sobre los fascismos europeos, y sobre el fascismo italiano en particular, han seguido asimismo este curso.⁹ Aquí también se destaca que, más allá de las incoherencias o contradicciones que pudiese tener la ideología fascista, la misma dio lugar a un tipo de política activista de amplios alcances y que, una vez encaramada en el poder, supo concitar importantes adhesiones, abriendo el paso a fenómenos inusitados —algunos se atreven a decir, revolucionarios—.

Es preciso aclarar que el análisis de la ideología fascista no puede abordarse desde una perspectiva que busque una coherencia doctrinal como la que puede rastrearse en otras corrientes de pensamiento como el liberalismo o el marxismo.¹⁰ De hecho, el fascismo hunde sus raíces en un componente irracionalista y vitalista que reniega de los argumentos claros y concatenados racionalmente para legitimar las ideas fuerza que generan la acción. Este carácter nihilista del fascismo fue advertido muy tempranamente,¹¹ pero como en él no todo es pura negación, se intentó denigrar su seriedad destacando su visión mítica, estética o sacra de la política, en los términos de

⁹ Por ejemplo, sobre el fascismo genérico, el influyente trabajo de Roger Griffin, *The nature of fascism*, Londres, Routledge, 1991. Sobre el fascismo italiano, véanse las reflexiones de Emilio Gentile, *Fascismo. Historia e interpretación*, Madrid, Alianza, 2004, pp. 77-78.

¹⁰ También se ha discutido sobre sus aportes en el campo intelectual y cultural, notándose un cambio de apreciación en la historiografía, desde la casi negación de cualquier novedad relevante, a un reconocimiento mayor de los mismos. Un ejemplo de esa primera visión: Norberto Bobbio, “¿Existió una cultura fascista?”, en *Ensayos sobre el fascismo*, Bernal, UNQ, 2008. [el ensayo original en italiano, recopilado en este libro, es de 1975].

¹¹ Por ejemplo, por Hermann Rauschning, *La revolución del nihilismo*, Buenos Aires, Losada, 1940. [el original alemán es de 1938]

deformación e inconsistencia. Así, por ejemplo, se criticó su exaltación de principios que, como la nación y la raza, terminaban por deformarlos, al volverlos valores absolutos que no guardaban relación con el pasado que pretendían rescatar de la decadencia actual.

Más adelante, y desde un paradigma antigenealógico, se pudo sostener que el fascismo terminaba en rigor por radicalizar aquellos valores de nación y raza, ahora entendidos como errores modernos, ya que no hacía más que llevar al paroxismo la naturalización de las características de aquellas entidades ficticias, mitificándolas. En este relato se perdía de vista, sin embargo, que la novedad del fascismo no provenía principalmente de la exaltación de rasgos pretendidamente inmutables, si no de una ruptura con los relatos romántico-organicistas y de una convicción sobre los alcances efectivos del mito para reconstituir la sociedad. Así, sostenía Mussolini: “Nosotros hemos creado nuestro mito. Nuestro mito es fe y pasión. No es necesario que éste sea una realidad. Es una realidad en el hecho de que es un estímulo, una esperanza, de que es fe y valor. ¡Nuestro mito es la nación, nuestro mito es la grandeza de la nación! Y es a este mito, a esta grandeza que queremos traducir en realidad, que subordinamos todo.”¹² La idea de la nación como mito se diferencia de la visión nacionalista según la cual la nación es una realidad natural, separando así al fascismo del conservadorismo y tradicionalismo nacionalista.

El fascismo produce una ideología radicalmente diversa a las anteriores, al descartar a la lógica y la persuasión por la fe, el instinto y el sentimiento. El activismo fascista y su énfasis en la “primacía de la política”, la creencia en que los mitos movilizadores y la militancia política son las que generan una nueva realidad —aún si se concibe como regeneración— producen la paradoja de que una ideología rústica y deformadora puede sin embargo producir efectos políticos contundentes. El fascismo viene así a mostrar, en la práctica, la crítica a la concepción iluminista de la política, como desarrollo progresivo de la razón. Irracionalismo, pesimismo, pragmatismo, entre otros, habían socavado desde tiempo atrás tal concepción, pero ahora esa crítica se convertía en instrumento para la movilización de masas y estetización de la política.

Tomar en serio a la ideología fascista no es otra cosa, por tanto, que reconocer su radical novedad y distancia con corrientes de pensamiento político deudoras del racionalismo iluminista. Al mismo tiempo, es reconocer su profundización —y

¹² Benito Mussolini, discurso citado en Elías Palti, *La nación como problema. Los historiadores y la “cuestión nacional”*, Buenos Aires, FCE, 2002, p. 93.

distorsión extrema— del activismo moderno y la razón instrumental, lo cual implica instalarlo como fenómeno ininteligible fuera del horizonte político abierto por la revolución francesa, la democratización y la política de masas.¹³

III

Tomar en serio a la ideología, y no solo a la ideología fascista, ha sido el programa de distintas corrientes de la teoría social.¹⁴ A esta altura, decir que la ideología no es un fenómeno meramente derivado —o sea que tiene su propia consistencia y autonomía—, o que es “material”, a fines de destacar que más allá de su carácter mental es “eficaz” en cuanto produce efectos en toda la estructura social o, lo que es lo mismo, que es “performativa”, no es algo demasiado novedoso.

Nos interesa destacar aquí, sin embargo, que esta concepción sobre lo ideológico conllevó, desde el punto de vista de la historiografía, investigaciones que ampliaron un campo anteriormente dedicado especialmente al análisis de la producción intelectual, hacia un interés por los sistemas de intelección de la realidad. Esto implicó una preocupación por comprender las configuraciones mentales y de acción de los sujetos, lo cual exigía enfoques distintos a los de la vieja historia de las ideas —o de la nueva historia intelectual—, y más afines al abordaje antropológico de lo cultural.

En el campo específico de estudios históricos sobre el fascismo, esto significó que, más allá del interés que siguieron suscitando sus aspectos intelectuales, el foco estuvo puesto en las características que adquirió la “cultura política” fascista y su penetración en los diversos sectores sociales. Así, se multiplicaron los estudios dedicados al examen de las visiones míticas, los cultos y ritos políticos, etc., los cuales destacaban más por la instalación de un estilo que sacralizaba y estetizaba la política, o sus consecuencias para la constitución de sujetos fascistizados, que por su profundidad conceptual.¹⁵

¹³ Este es uno de los argumentos centrales del reciente libro de Roger Griffin, *Modernismo y fascismo. La sensación de comienzo bajo Mussolini y Hitler*, Madrid, Akal, 2010.

¹⁴ Una síntesis sobre la evolución y discusiones actuales sobre el concepto de ideología en Terry Eagleton, *Ideología. Una introducción*, Barcelona, Paidós, 1997; y Slavoj Žižek (ed.), *Ideología. Un mapa de la cuestión*, Buenos Aires, FCE, 2003.

¹⁵ Un antecedente fundamental de estos estudios, a la vez combinando el registro intelectual y cultural, son los trabajos de George Mosse. Véase, por ejemplo, su recopilación *La cultura nazi. La vida intelectual, cultural y social en el Tercer Reich*, México, Grijalbo, 1973. [el original en inglés es de 1966]

Los estudios sobre la imagen y el mito político¹⁶ parten del reconocimiento de la función central que estos cumplen para la consolidación de los regímenes fascistas, entendiendo que la evaluación de sus estructuras, más allá de que se compongan de elementos y motivos que deforman toscamente la realidad, permite entrever formas de consenso y adhesión, que se conforman, por supuesto, a través de la imposición brutal, propaganda y represión de la disidencia, pero también de la interrelación con mentalidades, creencias y valores populares previos.¹⁷ Por otra parte, el examen de las formas de culto y liturgia fascistas, permite visualizar las formas en que esas imágenes míticas, que respondían a un principio de sacralización de la política, se ponían en juego a través de toda una serie de prácticas que establecían una compleja dialéctica de actuación e internalización de los valores escenificados.¹⁸ Aquí nos viene a la mente la célebre alusión de Althusser a Pascal en *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*: “Poneos de rodillas, moved los labios en oración, y creeréis”. La inversión de Pascal ejemplifica como las creencias y valores son, desde el punto de vista de los sujetos creyentes, *materiales* en tanto actos insertos en prácticas normadas por rituales.¹⁹

El análisis de la ideología y cultura fascistas posibilitó, de esta forma, el planteamiento de nuevos problemas que hacen al núcleo de preguntas urgentes desde el punto de vista ético: ¿cómo fue posible la adhesión a valores tan reprobables? ¿Cómo se convirtió el fascismo en un fenómeno de masas? Lejos de aportar respuestas definitivas, las investigaciones encararon estas preguntas desde diversos ángulos que iluminan parte del enigma. Pero la indagación sobre las distintas formas de internalización de esos valores por parte de las personas corrientes, abrieron una grieta sobre interpretaciones que aludían al carácter excepcional de la coyuntura histórica que posibilitó la emergencia de movimientos y regímenes de extrema derecha, y la consistencia de intereses sociales que chocaban con una ideología que, al alienarlos, no podía brindarles horizontes de sentido firmes. El poder de la ideología conmovía así la confianza en la naturaleza humana, que podía verse atraída por igual al bien o el mal, o en términos menos idealistas, en la segura resistencia por determinantes sociales, ya que estos podían ser intervenidos por una escalofriante deformación del sentido.

¹⁶ Sobre el mito político, véase Raoul Girardet, *Mitos y mitologías políticas*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1999.

¹⁷ Por ejemplo, Ian Kershaw, *El mito de Hitler. Imagen y realidad en el Tercer Reich*, Buenos Aires, Paidós, 2004. [el original inglés es de 1987].

¹⁸ Emilio Gentile, *El culto del Littorio. La sacralización de la política en la Italia fascista*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007. [el original italiano es de 1993]

¹⁹ Althusser, Louis, “Ideología y aparatos ideológicos del Estado”, en *La filosofía como arma de la revolución*, México, Siglo XXI, 1997, p. 137.

No sorprende que el deterioro de esas creencias se conectara con resonantes derrotas políticas de la izquierda en los años ´80. En el campo de la teoría social, el “giro hacia la cultura” y un nuevo nihilismo comenzaron a delinear, desde muy diversas modalidades, un cambio sustantivo en las formas de comprensión de lo social. El sobredimensionamiento de la ideología y de lo discursivo corroyeron así las anteriores certidumbres que, en el campo de la historia social, compartían sus principales referentes, como un modelo materialista de causalidad y un esfuerzo por brindar explicaciones de los procesos históricos en términos de totalidad social. El resultado fue, en términos muy generales, una tendencia al análisis microhistórico, del comportamiento cotidiano de los sujetos, y un modelo “descentrado” de sociedad, en el cual lo ideológico o cultural, a través del lenguaje, establecía una especie de revestimiento de lo social, ahora solo pasible de emerger a través de su “articulación” discursiva.²⁰

Por supuesto, esta evolución no puede ser reducida a un camino único y rectilíneo. En su libro *Una línea torcida*, el historiador británico Geoff Eley demuestra precisamente este carácter múltiple y contradictorio —muchos historiadores continuaron incluso trabajando bajo un enfoque en historia social a la manera tradicional— del pasaje a la historia cultural, en escenarios tan disímiles como Inglaterra, Estados Unidos y Alemania.²¹ Nuestra intención aquí es, simplemente, destacar la existencia de una relación entre el desarrollo de la teoría social y los contextos políticos con las tendencias historiográficas que, en el caso del estudio del fascismo, han puesto en primer plano sus aspectos ideológicos. Esto, esperamos quede claro, ha dado lugar a un nuevo énfasis sobre esta dimensión, y nuevas metodologías para abordarlo, pero desde ningún punto de vista significa que no existan enormes diferencias en sus enfoques e interpretaciones.

Tales diferencias quedan expuestas con claridad cuando, un historiador que ha otorgado enorme relevancia a los aspectos ideológicos y míticos del fascismo italiano, como Emilio Gentile, advierte sobre los equívocos a los que pueden conducir los trabajos que enfatizan unilateralmente esa dimensión: “Reconocer al fascismo una

²⁰ Vale aclarar que por lo general los estudios históricos interesados en el análisis micro y la vida cotidiana se vieron mucho más influidos por la etnografía interpretativa y los estudios culturales ingleses, que por el postestructuralismo y el análisis discursivo. Este es por ejemplo el caso de la importante corriente de estudios sobre la vida cotidiana (*Alltagsgeschichte*) en Alemania, que renovaron la visión sobre la oposición e integración de la “gente corriente” bajo el Tercer Reich.

²¹ Geoff Eley, *Una línea torcida. De la historia cultural a la historia de la sociedad*, Valencia, PUV, 2008. Para Francia, pueden leerse con provecho los ensayos recopilados en Jacques Revel, *Un momento historiográfico. Trece ensayos de historia social*, Buenos Aires, Manantial, 2005.

ideología y cultura propia ha sido una de las adquisiciones más importantes de la nueva historiografía y ha contribuido de manera decisiva en el ahondamiento de la comprensión del fascismo, y, más en general, del “siglo de las ideologías”. Sin embargo, me parece que este mismo progreso pueda ahora abrir el camino a algunos riesgos serios; éstos se hacen evidentes en la actual tendencia a señalar la primacía exclusiva de la ideología en la definición del fascismo, o a considerar la ideología como la dimensión en que está contenida la esencia del fascismo en “sentido puro”, lo que ha llevado a la exclusión de la definición de un modelo general del fascismo, tanto de la “dimensión organizativa” que concierne el movimiento y el partido en su composición social, como de la dimensión “institucional” referente al conjunto de las instituciones que constituyen la estructura original propia del sistema político creado por el fascismo después de la conquista del poder.”²²

IV

En su influyente libro *Hegemonía y estrategia socialista*, Ernesto Laclau y Chantal Mouffe recuperaban la crítica de Georges Sorel al economicismo de la Segunda Internacional, en clave antiesencialista.²³ Esto es, destacaban que la exaltación de la huelga general como mito y principio regulatorio comprendía la importancia de la ideología como constitutiva de la identidad y prácticas revolucionarias, no devenidas necesariamente de la estructura social. De allí que incluso se pudiese sostener sin ambages su carácter artificial: “la categoría de totalidad, que ha sido eliminada en tanto descripción objetiva de la realidad, es reintroducida como elemento mítico que funda la unidad de la conciencia obrera.”²⁴

Ahora bien, como es sabido, el ataque al esencialismo economicista marxista era uno de los temas centrales de ese libro. Haciendo un uso novedoso de la categoría gramsciana de hegemonía, los autores propusieron allí un modelo “descentrado” de lo social, en el cual se abandonan los últimos vestigios de la “determinación en última instancia” que habían postulado previamente los marxistas estructuralistas. Para Laclau

²² Emilio Gentile, op. cit., 2002, p. 77.

²³ Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Buenos Aires, FCE, 2004, pp. 68-74. [el original en inglés es de 1985]

²⁴ Ibid., p. 73. Resulta interesante que los autores, aún rechazando que el antieconomicismo soreliano generara necesariamente la recaída de parte de sus seguidores en el mito nacionalista, reconocían la influencia, siendo uno de los componentes originarios del fascismo. Este tema ha sido abordado en profundidad en el ya clásico libro de Zeev Sternhell, Mario Sznajder y Maia Asheri, *El nacimiento de la ideología fascista*, Madrid, Siglo XXI, 1998.

y Mouffe, el espacio mismo de la economía no es una realidad sustancial, sino un terreno que se estructura discursivamente y por eso mismo, en su opinión, de forma política —inestablemente y en disputa— bajo prácticas hegemónicas —dando lugar a eventuales cristalizaciones discursivas—.²⁵

En esta propuesta, el énfasis en la constitución simbólica de lo social implica la vinculación de elementos que, en tanto articulados discursivamente, conforman momentos de un todo relacional complejo e inestable, dada su “sutura” (estructuración a partir de un vacío o falta). Por otra parte, en clave (post)estructuralista, los sujetos no son entidades previas ni fundantes del discurso, sino al contrario, resultantes constituidos a partir de éste, negándose así a la experiencia y la conciencia una primacía conceptual que conllevaría una recaída en el esencialismo y la teleología. Aquí quisiéramos destacar, sin embargo, que el “recubrimiento” discursivo de lo social no implicaba una negación de los fenómenos extralingüísticos, ya que si así fuera no tendría sentido que estos autores sostengan que éstos fenómenos se constituyen y operan a través de lo simbólico. Por otra parte, y visto en anverso, esto conlleva a una recuperación mediada —o “articulada”, a fines de no violentar el antihegelianismo de Laclau y Mouffe— de esa dimensión no lingüística, ya que “la práctica de la articulación como fijación/dislocación de un sistema de diferencias tampoco puede consistir en meros fenómenos lingüísticos, sino que debe atravesar todo el espesor material de instituciones, rituales, prácticas de diverso orden, a través de las cuales una formación discursiva se estructura.”²⁶

Traemos a colación en este momento el libro de Laclau y Mouffe, porque nos parece que condensa de manera concisa las críticas a las concepciones de lo social que habían dominado la escena hasta los ’80. En su ruptura con la tradición marxista, estos autores recusaban el esencialismo implícito en un modelo basado en determinantes estructurales o de clase, aún en sus variantes más complejas y refinadas. Su propuesta, finalmente, conllevaba a un énfasis en el carácter performativo de lo político e ideológico, en tanto no determinado por lo social y, al contrario, a una especie de revestimiento de esta última dimensión, ahora solo pasible de emerger a través de su articulación discursiva. Por supuesto, estas posiciones reflejan una parte ínfima de los múltiples recorridos de la teoría social, siendo además ampliamente discutidas y reformuladas por sus propios autores. Por otra parte, difícilmente fueron tomadas como

²⁵ Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, op. cit., p. 113.

²⁶ Ibid., p. 148.

referentes indiscutibles para el análisis histórico concreto, aunque sin dudas influyeron sobre algunos trabajos en particular. Pero en todo caso, nos interesa remarcar aquí su carácter sintomático sobre una evolución compleja y contradictoria, aunque palpable.²⁷ Asimismo, esta digresión puede servirnos como punto de partida para reflexionar sobre algunos aspectos relevantes de la “primacía de la ideología” que, como venimos viendo, parece ser un horizonte interpretativo compartido por diversos teóricos sociales e historiadores, y especialmente importante en el campo de estudios sobre el fascismo.

En primer lugar, destacamos que el énfasis postestructuralista de Laclau y Mouffe sobre la performatividad de lo ideológico-político conlleva una crítica radical a las explicaciones de lo social basadas en la agencia de sujetos que guían su acción racionalmente o por intereses económicos, opciones explicativas que guiaron a buena parte de la teoría social tradicional. Para estos autores, los sujetos y su voluntad de acción no son, como ya dijimos, entidades previas, sino *constituidas* a partir del lugar que ocupan en las redes y estructuras discursivas. De aquí se sigue también la negación de cualquier relación unívoca entre determinantes sociales y acción, ya que lo social mismo se conforma discursivamente, y por tanto no puede ser tomado como dato previo a su articulación.

Esto no significa, sin embargo, que la recomposición de la lógica discursiva permita explicar acabadamente la acción de los agentes, ya que los autores rechazan un modelo de causalidad que, invirtiendo los términos, terminara por colocar a esa lógica como determinante última, recayendo en un nuevo tipo de esencialismo —ahora “idealista”— que justamente pretenden evadir. Aquí reside precisamente la diferencia fundamental de su propuesta postestructuralista del estructuralismo previo, ya que presentan a las estructuras discursivas como descentradas e inestables o, en sus propias palabras, como radicalmente contingentes, lo que da lugar a otro tipo de causación, sin elementos explicativos últimos ni “cierre” (el permanente juego entre significante y significado se estructura así a partir de límites o fijaciones que son solamente parciales). Más importante aún, Laclau y Mouffe colocan como precondition para esa contingencia la no coincidencia entre la lógica discursiva y las prácticas sociales. Si no fuera así, los agentes no serían más que meros reproductores de esos discursos, y además, de nuevo, se sostendría un modelo de causalidad estructural donde lo discursivo sería suficiente

²⁷ Sobre esta evolución en el medio anglosajón, con hincapié en la teoría social marxista: Ellen Meiksins Wood, *¿Una política sin clases? El post-marxismo y su legado*, Buenos Aires, RyR, 2013. Para el análisis del impacto en términos historiográficos, Geoff Eley y Keith Nield, *El futuro de la clase en la historia ¿qué queda de lo social?*, Valencia, PUV, 2010.

para explicar la agencia. Hay, por lo tanto, un lugar aquí para lo social, en un marco definido por un complejo de múltiples determinaciones. Sin embargo, éste aparece como reprimido, en tanto sólo emergente a través de lo simbólico —aunque como vimos, excediéndolo, o no coincidiendo con ese orden—.

De esta forma, la “primacía de la ideología” aparece en estos autores como constitutivo de lo social mismo. Repetimos, no se niega existencia a lo social, si no se lo presenta como resultado, y nunca como fundamento. Se pierde así uno de los rasgos más notables que tenían las anteriores concepciones sobre la ideología: la insistencia en su función de deformación imaginaria de la realidad. La crítica a la ideología no puede presentarse más como develando una verdad oculta, si no a lo sumo como una posición también ideológica que antagoniza con la anterior. Así, mientras se enfatiza más que nunca el carácter performativo de la ideología, la única afirmación crítica a la misma es la deconstrucción de su lógica. “La ideología no tiene fuera” decía Althusser, pero “sólo es fuera respecto a la ciencia”.²⁸ Ya no hay espacio para tal certidumbre.

V

Y sin embargo, lo social reprimido vuelve a emerger por diversos canales. Si como ya dijéramos, Laclau y Mouffe reconocen la importancia de las instituciones, rituales y prácticas, su utilización de un modelo proveniente del análisis del lenguaje para aplicarlo a otros sistemas sociales —en tanto se entiende son semióticos—, corre el riesgo de caer en una especie de formalismo en el cual el espesor material queda relegado a un segundo plano. De allí el reclamo de otra referente del propio postestructuralismo de izquierda como Judith Butler, por “repensar la performatividad como ritual cultural, como reiteración de normas culturales, como el *habitus* del cuerpo en el cual las dimensiones estructurales [lingüísticas] y sociales de la significación no resultan finalmente separables.”²⁹ Las resonancias de una teoría atenta a las prácticas sociales en términos cercanos a los de Pierre Bourdieu, donde el interés por la estructuración de la agencia es entendido como internalización de un sistema de disposiciones que se objetiva en cuerpos e instituciones, son evidentes. Pero aún aquí parece faltar, sin embargo, la advertencia de Bourdieu sobre la *distancia* existente entre

²⁸ Louis Althusser, op. cit., p. 142.

²⁹ Judith Butler, “replantear el universal: la hegemonía y los límites del formalismo”, en Judith Butler, Ernesto Laclau y Slavoj Žižek, *Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*, Buenos Aires, FCE, 2011, p. 37.

las lógicas teóricas y las lógicas prácticas, lo cual habilita un espacio para problematizar el lugar de las estrategias.³⁰ Esto evidencia que el mantenimiento de un esquema de comprensión anclado en la asimilación de todos los sistemas sociales al funcionamiento de la lengua, corre el riesgo de subestimar las especificidades de las *lógicas propias* a cada uno de ellos.

El estructuralismo planteó por primera vez que la totalidad estructurada se componía de instancias relativamente autónomas (y por tanto diferencialmente eficaces). De allí la posibilidad de pensar en lógicas, dinámicas y temporalidades también autónomas, que abren el juego a relaciones de no correspondencia, tensiones, fricciones, quebrando toda concepción de determinación refleja o expresiva. A esto, el postestructuralismo le agregó, en uno de sus mayores aciertos, una crítica al esencialismo que terminó por derribar la tendencia a fijar los límites de esas instancias autónomas como si fueran consistentes en sí mismas. Así, se escapó a la cosificación de las estructuras y aún más, se establecieron las condiciones de posibilidad para problematizar la historicidad misma de esas instancias. Lo “político”, lo “económico”, lo “religioso”, etc., dejaron de aparecer como esferas definidas de una vez para siempre, siendo preciso entonces examinar sus específicos alcances y relaciones. Todo quedó subsumido, sin embargo, bajo una categoría de discurso que, pareciéndose mucho al concepto mismo de estructura, desplazaba definitivamente el eje hacia un modelo lingüístico ya muy importante en el estructuralismo anterior. Así, pese a su presunto reconocimiento sobre la diversidad de instancias determinantes, los análisis postestructuralistas raramente alcanzaron por ejemplo los lindes de la economía, la producción, etc., tan importantes en paradigmas teóricos anteriores. Aún cuando la teoría parecía asignar algún estatuto a estas instancias, el énfasis deconstructivo se anclaba mucho más en las modulaciones lingüísticas que en las formas de presión y fricción que pudiesen ejercer en tanto momentos de la totalidad “descentrada”. La sensación de que con este desplazamiento algo se ha perdido aparece como crítica recurrente a esta corriente, e incluso como una debilidad destacada por algunos de sus propios representantes.³¹

A un nivel más profundo, el postestructuralismo tendió, en su obsesión antiesencialista y (des)constructivista, a descartar la problematización sobre las

³⁰ Pierre Bourdieu, *El sentido práctico*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.

³¹ Por ejemplo, Slavoj Žižek, “¿Lucha de clases o posmodernismo? ¡Si, por favor!” en Judith Butler, Ernesto Laclau y Slavoj Žižek, op.cit

modalidades en que operan las restricciones materiales. En el campo de la teoría social, esto funcionó en un primer momento como meritorio rechazo a las tendencias positivistas acostumbradas a una concepción acrítica de lo empírico. Sin embargo, mostró rápidamente su esterilidad para el estudio de una multitud de problema sociales e históricos concretos, como señalaron acertadamente los críticos del “giro lingüístico.” A partir de allí, emergieron desde lugares muy diversos voces que intentan repensar el sitio de los elementos prediscursivos, en tanto contratara material y marco limitante de lo discursivo —o sea no como opuesto externo, sino en una relación dialéctica—. ³² En un plano más concreto, se enfatizó que las diferentes instancias sociales, aún consideradas como configuradas discursivamente, son determinantes de los terrenos que establecen límites y posibilidades a la actuación ideológico-política. Por ejemplo, en la conclusión a un libro dedicado específicamente a discutir la vigencia del concepto de clase social en historia, Geoff Eley y Keith Neild —aún convencidos de la caducidad del antiguo modelo de la historia social, que otorgaba prioridad estructural a lo económico-social—, enfatizan la necesidad “(teórica, heurística y estratégica) de reconocer la persistencia de la clase como una formación prediscursiva o no discursiva. Las regularidades estructurales de los procesos a través de los cuales se crean los ricos y los pobres bajo las condiciones del capitalismo siguen siendo virtualmente importantes, incluso aunque la negociación discursiva y las defensas discursivas sigan siendo extremadamente variables, porque tales regularidades, sin embargo, definen un terreno particularmente decisivo en el que la intervención política puede suceder.” ³³

Volviendo ahora al campo de los estudios históricos sobre el fascismo, las consecuencias de estas críticas no serían solo, tal como pedía Gentile, considerar además de su ideología, las dimensiones organizativas e institucionales, sino también sus vínculos con una específica estructura de clases. Siguiendo al célebre texto de Tim Mason, resulta clave también preguntarse por las condiciones sociales, políticas e ideológicas que permiten explicar estructuralmente, a partir de una coyuntura excepcional, la constitución de una “primacía de la política”. Esto es, aún reconociendo que todo orden social se halla (sobre) determinado por lo ideológico-político, visualizar que existen enormes diferencias históricas sobre las funciones y alcances que puede tener esa dimensión, y es fundamental explicar cómo, precisamente, esos alcances

³² William Sewell, “Por una reformulación de lo social”, en *Ayer*, n° 62, 2006.

³³ Geoff Eley y Keith Neild, op. cit., pp. 224-225.

obtuvieron tal ampliación bajo el fascismo. Evidentemente, parece bastante arduo responder esto desde un análisis recluso en el campo cultural.

Destacábamos al inicio de esta ponencia los límites que encontraron las perspectivas basadas en los intereses de clase para explicar la adhesión popular al fascismo. Pero negar una conexión *necesaria* entre situación e intereses sociales no significa que no existan vínculos. Ahora prestamos muchísima más atención a los componentes culturales en la conformación de las identidades sociales pero ¿esto significa inexistencia de límites no culturales a la modelización de esas identidades? Raramente los historiadores han tomado este camino, y aún desde la perspectiva de la “historia cultural” reconocen que existe un proceso de apropiación, negociación e internalización diferencial de la ideología fascista según categorías sociales. Téngase en cuenta, sin embargo, que en este caso esos grupos sociales son estudiados fundamentalmente a partir de sus propias identidades y formaciones culturales, y que el análisis histórico se concentra en el encuentro entre esas configuraciones y la ideología fascista, estableciéndose un marco de interacción y transformación. Por otra parte, se nota una tendencia a desagregar estos análisis en una multitud de adscripciones sociales (religión, género, edad, región, etc.), en contra de la visión que colocaba a la clase social como determinante social privilegiado.

Nos parece claro que estas investigaciones desde la historia cultural han aportado importantes resultados, y no es nuestra intención realizar una crítica apurada y en bloque. Solo quisiéramos destacar su coincidencia con una evolución general de la historiografía y la teoría social que no es neutral desde el punto de vista político. En todo caso, defendemos que los trabajos más profundos y de largo alcance han sido precisamente los que no abandonaron la preocupación por una reconstrucción en términos de totalidad y una explícita discusión de las categorías analíticas puestas en juego, sea en una posición más cercana o equidistante de la tradición marxista. Son esos mismos trabajos los que demuestran la importancia de recuperar el interés por lo social para el tratamiento de la ideología, lo cual implica actualmente, tal como vimos, la constatación de que efectivamente determinantes sociales establecen un terreno con límites y posibilidades a través del cual opera lo ideológico.³⁴ Esto, por supuesto, no puede abordarse desde una concepción de determinación refleja o expresiva, sino a

³⁴ Notable ejemplo en este sentido, son las obras de Ian Kershaw sobre el régimen nazi. Nótese que se trata de un historiador que comenzó a investigar en los años ‘70, tomando contacto con las discusiones historiográficas dominantes durante el auge de la historia social, enrolándose además en la línea de interpretación “estructuralista”, que discutió y reformuló a partir de sus investigaciones.

través de la reconstrucción de una multiplicidad de determinaciones estructurales que componen una totalidad compleja y jerarquizada, con diversos niveles de eficacia. Esto es, que debe rechazarse una oposición entre lo “material” y lo “ideológico” o “cultural” que intenta establecer una determinación unívoca en una u otra dirección. De lo que se trata hoy, cuando la importancia de las determinaciones culturales es reconocida casi universalmente, es de replantear el hecho de que “lo cultural” no es un ente autosubsistente ni una dimensión analítica que agote la explicación de los procesos históricos, ya que estos se componen de una multiplicidad de instancias.³⁵

VI

Concluimos este trabajo replanteando el dilema de Mason: los inconvenientes de una historia fundamentada en el análisis socioestructural y las tensiones sociales para explicar la primacía de la ideología y, sobre todo, la internalización de valores fascistas por parte de los sectores subalternos, ¿suponen un abandono de la antigua historia social y adscripción a la nueva historia cultural, más sensible a la centralidad de los aspectos ideológicos? Creemos que un planteo en estos términos dicotómicos caería en el error, como dice el refrán inglés, de “arrojar al bebé con el agua sucia”.

Rescatamos por tanto la obra de aquellos que, tomando en consideración los aportes de la historia cultural, han intentado evadir sus puntos ciegos, destacando precisamente las conexiones entre determinadas formas culturales y transformaciones sociales, políticas, ideológicas, etc., lo que permite un acercamiento más comprehensivo al fascismo.

Este es el caso, por ejemplo, de la obra de síntesis publicada recientemente por Michael Mann, un enorme esfuerzo por examinar desde diversos ángulos los caracteres de los regímenes fascistas, vistos en clave comparativa.³⁶ Siguiendo su tradicional enfoque, este autor ensaya una interpretación que toma en consideración las diferentes

³⁵ El análisis estructural nos ofrece la ventaja de pensar las autonomías relativas, solapamientos y fricciones entre estas diversas dimensiones, e incluso un modelo explicativo multicausal refinado, en términos de eficacias diferenciales. Pero nunca se debe olvidar que los fenómenos se presentan como complejos discretos, y sólo una operación analítica conceptualiza la distinción entre lógicas de reproducción que no se presentan inmediatamente como dadas.

³⁶ Michael Mann, *Fascistas*, Valencia, PUV, 2006.

fuentes de poder social (ideológicas, económicas, militares y políticas)³⁷ y las concretas formas y relaciones que se entretejieron en su historia.

Así, al momento de encarar la difícil cuestión de las adhesiones populares al fascismo, Mann defiende un argumento que, teniendo en cuenta la especificidad de lo ideológico, recompone el contexto global y las modulaciones sociales específicas que el mismo tuvo para diferentes actores. El autor destaca que, pese a lo incoherente e irracionales que pudiesen parecer los principios fascistas, los mismos debieron ofrecer respuestas *verosímiles* a muchos grupos sociales, en un contexto de profunda crisis que quebró la consistencia de estructuras ideológicas previas que organizaban el sentido de forma plausible: “Las nuevas ideologías no necesitan verdad sino credibilidad, una habilidad aparente para “dar algo de sentido” a los acontecimientos actuales en una época en la que las ideologías establecidas no podían interpretar con facilidad la realidad contemporánea, al menos a lo largo de media Europa.”³⁸

Un contexto de crisis, que incluía la quiebra de la legitimidad de las elites y del Estado, pero también una corrosión de certidumbres que abrió el camino para la constitución y ampliación de ideologías alternativas. Sin embargo, en muy pocos sitios esto condujo al ascenso fascista, siendo mucho más común que la quiebra de las democracias decantara en la constitución de un régimen de otro tipo. Para explicar esto, por supuesto, es preciso considerar la historia general de cada formación social y política específica, algo que Mann encara a lo largo de los distintos capítulos. Aquí queremos destacar, sin embargo, que el autor entreteje esos análisis con una problematización sobre el vínculo existente entre esos elementos y la evolución ideológica de diferentes grupos sociales, teniendo presente la pregunta sobre las condiciones que volvieron plausibles, para cada uno de ellos, elementos importantes del discurso fascista. Esas condiciones, sostiene, no provienen solamente de un juego de exclusiones, continuidades y negociaciones con elementos culturales previos, sino también de su específica posición en la estructura social, considerada en sentido amplio (relación con el Estado, el sistema educativo, el aparato militar, etc.).

Más allá de los importantes resultados a los que arriba Mann con este enfoque, algo imposible de resumir en pocas líneas, querríamos terminar estas reflexiones enfatizando que su lectura nos invita a entrever la posibilidad de acercamientos que,

³⁷ La referencia es a su obra clásica, Michael Mann, *Las fuentes del poder social*, (en dos volúmenes), Madrid, Alianza, 1991 y 1997. [Los originales en inglés son de 1986 y 1993, respectivamente]

³⁸ Michael Mann, op. cit., 2006, p. 93.

recuperando concepciones complejas y abiertas a la problematización de lo social, permitan abrir nuevas preguntas sobre ese fenómeno histórico tan difícil e incómodo: la “primacía de la ideología” bajo el fascismo.